

## Huellas de José de Diego

**P**RONUNCIAR el nombre de José de Diego, cuya vida se extiende desde el último tercio del siglo XIX (Aguadilla, 1867) al año de 1918 (m., Nueva York) es situarnos frente al perfil de un poeta y héroe civil y moral y es traer a la memoria dos sonetos. Uno, el elogiado por el Dr. Rubén del Rosario como “tal vez el mejor soneto polimétrico . . . , el magnífico *Ultima Actio* en que la base es el pie de cinco unidades silábicas”<sup>1</sup> y que comienza:

Colgadme al pecho, después que muera,  
mi verde escudo en un relicario;  
cubridme todo con el sudario,  
con el sudario de tres colores de mi bandera.<sup>2</sup>

Y es el otro, *Sed de José de Diego*, del libro *Luz de los héroes*, obra de Francisco Matos Paoli, el primero entre los líricos de nuestra generación puertorriqueña, alabado por Pedro Salinas, Eugenio Florit, José Emilio González y José Antonio Portuondo. Del poema en que Matos Paoli canta a “este Orfeo causal de frescas rosas”:

¡El Verbo, la Paloma y el Cordero!  
Triple sino de éste que embebía  
la Sed de los fulgores, y en posía  
se manaba hasta el orbe del madero.

1. Rubén del Rosario, “Biografía del soneto español”, *Summer School News*, Universidad de Puerto Rico, 1934.

2. José de Diego, *Cantos de rebeldía*, (Barcelona, 1916), p. 193.

¡Sed latina y pitirre mañanero!  
 Con su Laura la herencia recogía  
 de las aves que van en tenso día  
 robando de la noche su venero.<sup>3</sup>

Pero, como su poesía ha sido ya estudiada por Concha Meléndez,<sup>4</sup> me detendré especialmente ante las prosas de *Nuevas campañas*.<sup>5</sup>

## II

*Nuevas campañas* (1916) es la voz cívica de José de Diego, sus prosas de combate por los ideales que dieron sentido a toda su vida: la independencia, la unión antillana, la solidaridad iberoamericana, la defensa de la lengua española como vehículo de la enseñanza en Puerto Rico, la idea de la ciudadanía puertorriqueña. Sustituyen estos artículos la obra acabada, perfectamente arquitecturada, que él, por su múltiple, dinámica y urgente tarea, no podía acometer en aquella jornada de su vida heroica.

El humanista José de Diego cita oportunamente, entre otros, a los pensadores-poetas Platón y José Martí. A éste se referirá con la metáfora *el Cristo de la batalla de Dos Ríos*. Presente está también en los escritos de este aguadillano el espíritu y la letra de Juan Jacobo Rousseau por su *Contrato Social* y porque, a juicio del jurista y poeta puertorriqueño, fue quien mejor expuso la doctrina democrática de que “no hay soberanía legítima sino la emanada de la voluntad popular”. Está Montesquieu y está Alejandro Hamilton. Y, si entre los renacentistas italianos, menciona a Maquiavelo, es para sostener desde un clarísimo plano ético, desde un *debe-ser*, que “la inteligencia dominará siempre al mundo puesta al servicio de la rectitud y la justicia”.

Refiérese a los iberoamericanos Andrés Bello y Hostos. Además de describir al pensador nacido en Mayagüez, con el

<sup>3</sup> Francisco Matos Paoli, *Luz de los héroes*, (San Juan de Puerto Rico, 1954), p. 21.

<sup>4</sup> Concha Meléndez, *Signos de Iberoamérica* (México, 1936), pp. 13-40.

<sup>5</sup> José de Diego, *Nuevas campañas*, (Barcelona, 1916).

adjetivo *insigne*, le alaba el que profundizase en la filosofía del Derecho, elogia sus *Lecciones de Derecho Constitucional* y aquel aforismo relativo a que el sujeto tiene la facultad no sólo de darse su propia ley sino también “el derecho de reclamar una ley que asegure su completa libertad de acción”, Una cita directa es la de Van Dyne. Su poética teoría sobre la libertad de las islas no es sino una versión de la doctrina del derecho natural (Grocio). Hay también en *Nuevas campañas* referencias a dos novelistas: a Blasco Ibáñez y a Balzac.

Su homenaje a Santos Chocano finaliza con un comentario sobre la misión cívica de los poetas y pensadores, muchos años antes de que Julien Benda, Archibald MacLeish y William Faulkner nos hablasen sobre la misión de los intelectuales. Al sostener que inmortales artistas del verso, a quienes la humanidad escucha a través del tiempo, escribieron estrofas para “erigir los brazos en defensa del honor y la libertad de la Patria”, ofrece como ejemplo, y así deja huella de algunas de sus preferencias poéticas, a Homero, Virgilio, Dante, Goethe, Hugo, Carducci, Byron y D’Annunzio.

Si a esos nombres sumamos los de la Biblia, Cervantes, Rubén Darío, las alusiones hechas en el prólogo a *Cantos de rebeldía* a Gustavo Adolfo Bécquer “en su obra única”, a Verlaine y a Mallarmé y, como sugiere Concha Meléndez, a los parnasianos José María de Heredia y Leconte de Lisle, creo que tendríamos los principales puntos de partida para hacer la ubicación de José de Diego. El autor de *Cantos de pitirre*<sup>6</sup> menciona al grave y dulce Berceo y al poeta religioso y platónico del Renacimiento español, Fray Luis de León. Otra de las fuentes primarias de José de Diego es la Historia, especialmente la de España, la antillana y la puertorriqueña.

### III

Pedro Henríquez Ureña recordaba en las notas a sus conferencias de Harvard, que José de Diego “insistía en la conser-

<sup>6</sup> José de Diego, *Cantos de pitirre* (Palma de Mallorca, 1950).

vación de su cultura de tipo hispánico".<sup>7</sup> Pocos hispanoamericanos, ciertamente, han sentido la urgencia, el llamado de Iberoamérica con la intensidad y la claridad con que lo capta nuestro escritor. Por su formación, por su dedicación y por su obra es José de Diego un iberoamericano y un precursor de los ideales que dan sentido al Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana. Estudia en Puerto Rico, en Logroño y Barcelona, España; se recibe de Doctor en Derecho en la ilustre Universidad de La Habana en 1892.

Hermoso fue el proyecto de uno de sus viajes. Don Rafael María de Labra, Presidente del Ateneo de Madrid; Manuel Ugarte, del Ateneo Hispanoamericano de Buenos Aires, y los Directores de la Casa de América en Barcelona, lo invitaron a prestigiar aquellas cátedras ibéricas. Y espíritus cordiales y comprensivos aplaudieron su elocuente palabra en Madrid y Barcelona. Guatemala, Venezuela, Las Antillas, Colombia, México, Panamá.—América Indohispana—, aparecen mencionadas en las prosas de José de Diego. Y España. Están en estas prosas también estos nombres fúlgidos, espléndidos por su simbolismo: dos Marianas, Mariana Pineda, heroína que habría de exaltar por ser encarnación de la libertad, García Lorca, y la puertorriqueña vinculada a la historia de Lares, Mariana Bracetti (*Brazo de Oro*). Están Pelayo, Bolívar, San Martín, Juárez, Duarte, L'Ouverture, Gómez, Martí, Maceo, y Hostos ya citado.

#### IV

En sus cláusulas rítmicas queda en varias ocasiones esta imagen: "la visión olímpica —dibuja— de la futura confederación que viene ya de lo porvenir a posarse sobre las cumbres del archipiélago colombino, sobre las cumbres gloriosas de las amadas Islas". Traduce así el ensueño del patriarca de figura bíblica Dr. Ramón Emeterio Betances y de otros maestros y mártires isleños que pugnaron por la Confederación Antillana.

<sup>7</sup> Pedro Henríquez Ureña, *Las corrientes literarias en la América Hispánica* (México, 1949), p. 259.

Un organismo para ir tallando en la historia aquella noble esperanza fue la "Unión Antillana", cuyas bases aprobadas en 1915 en Santo Domingo, Santiago de Cuba, La Habana y San Juan de Puerto Rico, fueron propuestas por el mismo José de Diego. Aspiró aquella confraternidad a estrechar los vínculos entre las islas del Caribe.

Y José de Diego redacta los estatutos de la Academia Antillana de la Lengua inaugurada el 23 de abril de 1916 en el Tercer Centenario de la muerte de Cervantes. Tenía ésta, además de los objetivos de "unidad, conservación, pureza y enriquecimiento del idioma vernáculo en los países de su jurisdicción", el fin de dedicar todo el esfuerzo a conseguir el reconocimiento del español como vehículo de la enseñanza en Puerto Rico. Doña Georgina de Diego pudo decir, haciendo justicia a nuestro apóstol, que el programa para la enseñanza en el vernáculo, iniciado en nuestra isla en 1949-1950, representa un definitivo triunfo de José de Diego.

Emociona saber cómo De Diego va anudando nexos espirituales e históricos y cómo va acercando las sensibilidades más finas y cultas antillanas. Lo evidencia la selección de los Directores Honorarios de la Academia: entre otros, en La Habana, D. Enrique José Varona, figura clásica de América; en Santiago, D. Rafael Manduley; en Santo Domingo, Monseñor Adolfo A. Nouell; y los Consultores: Dr. Alfredo Zayas y el heroico Juan Gualberto Gómez; D. Carlos E. Forment y D. Antonio Bravo Correoso, santiagueros, y los dominicanos D. Francisco J. Peynado y D. Federico Henríquez y Carvajal. Esa Academia incluía, entre otros miembros, a D. Manuel Fernández Juncos, tan amado entre nosotros, y a los puertorriqueños Dr. Cayetano Coll y Toste, Rafael López Landrón, Luis Llorèns Torres, Dr. Manuel Zeno Gandía, D. Eugenio Astol, D. Felipe Janer, Nemesio R. Canales, Muñoz Rivera, Agustín Pérez Pierret, D. Virgilio Dávila, Félix Matos Bernier, D. Enrique Zorrilla, José A. Negrón Sanjurjo, Doña Trinidad Padilla de Sanz —poetas, profesores, periodistas, ensayistas, pensadores, un novelista, un historiador.

José de Diego, con heroísmo ejemplar, con generosidad, amor y singular visión, crea primero una especie de confederación de nobles conciencias, en marcha hacia lo que capta

como videncia política del porvenir: la confederación de nuestras patrias.

Y, como el más egregio antillano, como Martí, es de nuestras islas, se forma en ellas y en España (Martí redondeará su personalidad en tierra firme de América, sobre todo en México), participa en el Modernismo, es orador, peregrino de la libertad y dedica todo el esfuerzo y la palabra a forjar un porvenir en que los hombres, en un régimen de justicia, libertad y decoro, puedan llamarse *hermanos*. Como el Maestro que hace del patriotismo una religión, siente nuestro De Diego la patria como *agonía* y la ve como *ara*. Y como el Mártir transfigurado en el Oriente de epopeya, es él también uno de esos pocos, dicho con el estilo del cubano inmortal, que *tienen en sí el decoro de muchos hombres*.

## V

Dentro del característico ritmo y la espléndida sinfonía de su oratoria, en el antepenúltimo párrafo de su homenaje a Santos Chocano, nos revela parte de su poética, la que podemos completar con la relectura del prólogo a *Cantos de rebeldía*. Allí aparecen como temas, el poeta, la poesía y la creación. Subraya que el poeta es artífice, dios creador y llama al egregio, americano y universal Rubén Darío "mago nicaragüense". Alude a la poesía como a *revelación del mundo invisible, como a rosa, leve joya de color* y destaca después el valor de la *palabra sonora, el ritmo interno, la plástica rima*—aunque sabemos que toda poesía no ha de expresarse en verso. Las frases *agotante labor de mina, de extracción espiritual, afán, búsqueda del pensamiento escondido, el ensueño lejano, el ansia amorosa* signan hacia ese movimiento de la psique por captar lo inefable, hacia ese trabajar consciente tras el cual asoma—a veces se ha visto en ello la Gracia—, la más exacta y preciada expresión estética, el poema.

Oímos al orador José de Diego quien habla desde su hora de Modernismo puertorriqueño (y éste se extiende de 1911 a 1918, según nuestro crítico y máximo novelista puertorriqueño, Enrique A. Laguerre). Detrás de la retórica alienta una

fina sensibilidad, o como diría en este caso Unamuno, "un poeta, uno que desnuda con lenguaje rítmico su alma".

Amplía su juicio sobre Darío en el citado prólogo a *Cantos de rebeldía* (1916) :

El grande y glorioso nicaragüense fué... el más alto paladín de este movimiento (el Modernismo) en la poesía castellana: alrededor de él, una brillantísima cohorte de poetas de genio, en España y América, ensanchó el ambiente del arte clásico, penetró en el translúcido seno del idioma, de las palabras, de las sílabas, de las letras, del timbre, del acento, de la modulación fonética...<sup>8</sup>

Personalmente entendía, sin embargo, que:

La poesía no es cosa de fútil adorno y vano recreo:... La producción y la contemplación de la belleza en sí mismas constituyen un bien y la poesía cumple siempre un propósito estético; mas la poesía, como toda obra humana, debe acudir preferentemente al bien necesario, sentido y clamoroso en cada lugar del mundo.<sup>9</sup>

Estas polémicas y generosas palabras y esta definición, que no aceptarán quienes defiendan el *arte puro, artístico y deshumanizado*, hay que verlas como propias de quien consagra íntegramente inteligencia, saber y sensibilidad al servicio de su pueblo y de quien, con profunda cultura humanística, conscientemente, sin improvisación, justifica su pensamiento y acción de este modo:

... (La) orientación única y fija de mis últimos versos... fué en gran parte regida por el libre conocimiento y la tensa voluntad encaminados al ideal que imanta y alumbra la visión de mis ojos y la determinación de mi existencia. ...debo a la conservación de (la) vida (de mi país) y a la defensa de su libertad, la sangre que es de su tierra y el alma que es de su cielo.<sup>10</sup>

<sup>8</sup> *Cantos de rebeldía*, p. 13.

<sup>9</sup> *Ibid.*, pp. 10-11.

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 10.

## VI

José de Diego es pues, por autodefinición, el intelectual al servicio de su patria (Max Henríquez Ureña lo ve volcando "sus anhelos de combatiente por su isla natal"<sup>11</sup>). Por eso una lectura de su obra nos acerca a su propia tierra, a sus hombres más virtuosos y nos hace sentir la aspiración de libertad. Refiérese a la isla, "esa maravilla—dice—de ritmos y colores, dulzura y perfumes"; evoca la belleza del cafetal aguadillano, escondido tras el Cerro de las Ánimas; alude a Cayey, Barranquitas, Maricao, Adjuntas. Lares está presente porque en 1868 contenía "como un rizo de brisa el germen de una tempestad, el alma naciente de una epopeya". Quedan como en una galería imágenes de los que describe como "nuestros amados jíbaros. . . , los gloriosos labradores" y algunos de los puertorriqueños que mayor brillo y honra han dado a nuestra tierra: Power, Rius Rivera, Francisco Gonzalo Marín, Morell Campos, Tavárez, Gautier Benítez, Campeche, Oller, Baldorioty, *El Leñero*. . .

Metafóricamente incita: "¡Labradores del ideal. . . , dejad que sazone el fruto de oro, la estrella patria!" Concretamente expone: "Nada nos detendrá que no sea la cúspide, en que flote a los vientos la bandera de nuestra patria soberana y libre"—frases en que vibra aquel mismo espíritu de ciudadanía que inmortalizó al norteamericano Patrick Henry y al glorioso indio zapoteca Benito Pablo Juárez. "La soberanía nacional—afirma—es la creadora y todas las otras libertades son como criaturas de ella emanadas e incapaces de la suprema creación". Se declara en favor de la democracia. Su estilo se podría mostrar entonces como aquél de que nos hablaba el querido, sabio profesor y eminente filólogo D. Tomás Navarro, el perfecto *estilo del civismo*. Si De Diego pudiera hablar estaría perfectamente justificado en decir lo que en el IV Congreso de Literatura Iberoamericana afirmó el novelista venezolano Rómulo Gallegos: "Yo conservo el derecho de sentarme entre las esclarecidas letras de nuestra América que aquí se han reuni-

<sup>11</sup> Max Henríquez Ureña, *Breve historia del modernismo* (México, 1954), p. 452.



do, porque no le he hecho traición a las mías, construidas conforme a las reglas de la concordancia entre escritor y pueblo".<sup>12</sup>

## VII

No desearíamos dejar de citar estas emotivas, dramáticas y significativas frases de José de Diego en medio de un debate:

Hay que matar el lenguaje glorioso de los Descubridores, hay que extirpar el pensamiento hispano, hay que extinguir con la lengua española el espíritu de la tradición, de la historia, de todos los nexos que ligan al pueblo puertorriqueño con la nación madre, con las naciones hermanas de América;... al llegar aquí los labios se contraen los ojos se nublan, se eleva el tórax y se crispa la diestra como si apretase el puño de una espada...<sup>13</sup>

De perenne actualidad y necesaria en esta hora de América es la lección de José de Diego, el defensor de los valores hispánicos, o para llamarlo con palabras del puertorriqueño Luis Hernández Aquino, "el desvelado de la patria y poeta de su momento, de más hondura telúrica y patriótica".<sup>14</sup> Ni arte siempre aséptico, parece decirnos quien vio a su Aguadilla resplandeciente, "como una ciudad del cielo" Ni olimpismo. Ni la actitud antihumana de algunos humanistas.

José de Diego—cuyo iberoamericanismo, antillanidad y puertorriqueñidad subrayamos aquí—queda en nuestra historia literaria y cívica como signo de la mejor tradición libertadora: la hostosiana, la martiana, la juarista. Y no es eco de un pasado estático, muerto, sino anunciación de porvenir, convocatoria a forjar la patria justa, libre y culta. Es por eso, ala de nuestra esperanza, viva llama, voz de nuestra nacionalidad, salvación. Demócrata, poeta y misionero de la dignidad y el decoro, José de Diego aún tiene obra que hacer entre no-

<sup>12</sup> Rómulo Gallegos, *Una posición en la vida* (México, 1954), p. 394.

<sup>13</sup> *Nuevas campañas*, p. 248.

<sup>14</sup> Luis Hernández Aquino, "José de Diego y la hora actual", *El Mundo*, San Juan de Puerto Rico, 16 de abril de 1950, p. 9.

sotros y en América. Si fuésemos a buscar el apotegma, síntesis del mensaje de su vida y de su obra en prosa, no encontraríamos, acaso, uno mejor que aquél con que el apóstol cierra un discurso breve y esencial en el Instituto Universitario, cuando en las frases finales nos ordena, con un acento y con un tono que le dan eterna vigencia: *¡Libertaos los unos a los otros!*

JOSÉ FERRER CANALES  
*Howard University,*  
*Washington 1, D. C.*